

CAPÍTULO VII

CONTINUACIÓN DE LAS FIGURAS DE PENSAMIENTO

I

Figuras oblicuas.

En los escritos, y hasta en la conversación familiar, es necesario á veces hablar de objetos ó torpes ó asquerosos ó innobles en sí mismos, y de ideas que, si bien nada tienen de indecentes, no conviene por ciertos respetos que se anuncien directamente. En ambos casos, lejos de comunicar franca y abiertamente los pensamientos, debemos presentarlos con cierto disfraz y de una manera oblicua, que no dejando duda sobre su verdadera inteligencia, no muestre, sin embargo, los objetos en toda su deformidad ó de un modo desagradable. Hay también ocasiones en que al orador conviene llamar la atención hacia alguna cosa de que entonces no trata, pero que tiene con su asunto cierta conexión que importa recordar ó hacer sentir como de paso. La naturaleza sugiere en estos casos ciertos rodeos ó inocentes artificios para insinuar lo que no queremos decir abiertamente; y el hombre iliterato los está empleando toda su vida sin saber que son figuras de retórica; lo único que han hecho los preceptistas ha sido buscar nombres técnicos con que distinguirlas unas de otras y establecer después algunas reglas ú observaciones sobre el modo de emplearlas (1).

(1) Monlau, ob. cit.

Estas observaciones son las que vamos á consignar brevemente bajo los títulos en que se hallan distribuidas; pues aunque algunos de ellos no están muy bien escogidos, se hallan en los autores y es menester saber lo que significan.

II

Clasificación de las figuras oblicuas.

Las principales figuras oblicuas son las siguientes: *alusión*, *litote*, *perífrasis*, *preterición*, *dialogismo*, *dubitación* é *ironía*, con sus diferentes especies.

Alusión.— Es una comparación que se hace en la mente y por la cual se dice una cosa para recordar otra de que no se hace mención expresa. Enrique IV de Francia, dijo un día al embajador de España, que con el ejército que había reunido pensaba ir á Italia, almorzar en Milán, oír misa en Roma y comer en Nápoles, á lo cual repuso agudamente nuestro embajador: «Sire (1), á ese paso podría muy bien V. M. llegar á *visperas á Sicilia*.» Esta respuesta es una picante alusión histórica á las *Visperas Sicilianas*. Las alusiones deben ser claras y fáciles de entender, pues de lo contrario no serían alusiones, sino enigmas. Deben ser además acomodadas al tono de la composición: en obras de estilo grave y elevado, deben, por consiguiente, las alusiones referirse á objetos nobles.

Litote (2) ó atenuación.— Es una figura que consiste en decir lo menos para dar á entender lo más. Regularmente se comete esta figura sustituyendo á la afirmación positiva la afirmación de lo contrario, como si

(1) Tratamiento que se daba á los soberanos de Francia.

(2) De la palabra griega *litos*, sencillo, pequeño.

para dar á entender que una cosa me gusta, digo: «no me desagrada.» Expresiones semejantes ocurren á cada paso en la conversaci3n, pues á veces la modestia, el respeto debido á los que nos escuchan y otras consideraciones nos obligan á emplear estas especies de fórmulas. De ellas hacemos mención aquí, porque son uno de los recursos que se pueden emplear para conservar la decencia en el estilo y también porque oportunamente introducidas hacen bellísimo efecto.

Perífrasis (1).— Consiste en expresar, por medio de una circunlocuci3n ó rodeo, lo que podría decirse en menos palabras, pero de un modo menos gracioso, menos noble ó menos hábil. Sirve para presentar de una manera menos chocante ideas desagradables, y para dar novedad á las muy comunes. Como ejemplo de perífrasis que se emplean para disfrazar ideas desagradables, citaremos la expresi3n siguiente de «enseñar á uno la puerta de la calle», por «echarle de casa». Para embellecer ideas triviales: «el Padre de los creyentes», por «Abraham.»

Preterici3n (2).— Consiste en fingir que se pasa en silencio y que no se tocan sino ligeramente algunas cosas, sobre las cuales se insiste, sin embargo, con fuerza. Ejemplo: «Pasaré en silencio lo que el sacerdote cat3lico ha hecho por la causa de la civilizaci3n; salvando las obras de la clásica antigüedad, convirtiendo á la fe las naciones id3latras, ilustrando al mundo con sus sabios escritos, y me contentaré...» Esta figurá, que Cicer3n usa con gran frecuencia, es de excelente efecto, si se sabe manejar con tino, y sirve para reforzar los hechos principales que tratamos de comunicar, y hacer que resalte más lo que tienen de censurable ó de plausible, según su naturaleza y circunstancias.

(1). De las palabras griegas *peri*, alrededor, y *frazo*, hablar.

(2). Del verbo latino *pretereo*, pasar por alto.

Dialogismo.— Consiste en fingir una conversaci3n entre dos ó más personas verdaderas ó ideales, la cual se cita textualmente, como en el siguiente pasaje de una oraci3n fúnebre: El viejo decía á sus hijos: «Hijo mío, murió el var3n justo.» El desvalido y el infeliz exclamaban: «Cayó nuestro amparo.»

Cuando esta conversaci3n la entabla uno consigo mismo, se llama *soliloquio*. Tal es el ejemplo siguiente, que, con referencia á Job, presenta Fray Luis de León: «He venido á un punto que no sé qué hacerme. Ni puedo sostener esta vida, ni se me permite tomar con mis manos la muerte. Por ninguna parte á que vuelvo los ojos me consienten dar paso. Dios me espanta, si le miro; mis criados me desconocen, si les llamo; mis hijos, se los llevó la muerte; mi mujer misma, es mi enemiga; mi cuerpo, es mi tormento; mi imaginaci3n, crudo verdugo de mi alma.»

El *dialogismo*, así como el *soliloquio*, pueden admitir todos los tonos, y, de consiguiente, las expresiones y frases en que se conciban, deben ser acomodadas al temperamento de la obra é importancia de los pasajes.

Hay otra especie de dialogismo que es más fina y oratoria, que se emplea á veces para decir ciertas cosas sin que parezca que se dicen. Podrá servir de ejemplo el siguiente fragmento de un serm3n: «Si el respeto debido á este lugar sagrado no me contuviera, yo preguntaría á ese codicioso: ¿Con qué derecho atesoras ese oro que con voz lastimera reclaman los infelices sin sustento ni medios de ganarlo? ¿Ignoras que los verdaderos pobres son los predilectos del divino Fundador de la religi3n que afectas profesar? Recuerda, por otra parte, la procedencia de estos tesoros que amontonas; recuerda que algunos de ellos están todavía manchados de sangre.»

Dubitaci3n.— Consiste esta figura en aparentar cierta perplejidad acerca de lo que conviene decir ó hacer,

por más que se haya resuelto lo que se crea más conveniente, como en el siguiente ejemplo del P. Zárate: «¿Qué virtud le faltaba al santo Job, ó qué pecados merecieron que el Señor le tratase con tanto rigor? Por ventura ¿era soberbio? No; que él dice que con el menor de su casa se ponía á juicio, para satisfacerle si estaba agraviado. ¿Fué avariento, enemigo de la limosna? No; que él dice que jamás comió sin que tuviese parte el pobre y el huérfano. ¿Era, por ventura, hombre sensual? No; que él dice que tenía capitulado con sus ojos, que ni aun pensamiento malo tuviese con mujer. Pues, ¿qué fué la causa de tan terrible trabajo? Le faltaba esta virtud, que era dar gracias á Dios por las tribulaciones.»

Cuando la dubitación se lleva por un largo período como aquí, recibe el nombre de *suspensión* ó *sustentación*, porque en efecto tiene como suspendidos los ánimos de los oyentes, interesando su atención y picando vivamente su curiosidad.

III

Continuación de las figuras oblicuas.

Ironía (1).—Es una figura que consiste en decir lo contrario de lo que se piensa y de lo que se quiere dar á entender. Hermoso es aquel pasaje de la Sagrada Escritura (2), en que Elías, para humillar á los falsos profetas de Baal, que no podían lograr de su Dios hacer bajar fuego del cielo, les dice por modo de burla: «Clamad con voz más alta... acaso duerme, ó se está divirtiendo, ó anda de viaje, ó ciertamente duerme.»

(1) De la palabra griega *eironéa*, disimulo.

(2) Lib. III de los Reyes, cap. XVIII.

La ironía debe darse á conocer por la entonación de la voz, por los gestos y ademanes; su fin es algunas veces censurar con ingenio ó alabar delicadamente; mas por lo común, se deja llevar de la malignidad para satirizar y ridiculizar, y no pocas veces es el último rasgo de la ira reducida á la desesperación.

Esta figura toma diferentes nombres, según el modo y la intención con que se usa; tales como *antífrasis*, *carientismo*, *cleuasmo*, *mimesis*, *astelismo* y *sarcasmo*.

Antífrasis (1).—Es una especie de ironía que consiste en sustituir una palabra con otra, que tiene un sentido contrario; como llamar *paraiso* á la entrada general en los teatros (2).

Carientismo (3).—Es una ironía agradable, delicada, y, sin embargo, picante. Puede servir de ejemplo de finísimo carientismo, la respuesta que dió el poeta Valher á Carlos II de Inglaterra. Leyéndole al rey unos versos apologéticos, éste le dijo que mejores los había

(1) De las palabras griegas *anti*, contra, y *frazo*, hablar.

(2) Para entender bien en qué se fundan las antífrasis que á primera vista parecen absurdas, conviene saber que los antiguos tenían á mal agüero dar á ciertas divinidades malélicas ó encargadas de tristes ministerios, nombres que recordasen su malignidad ó sus desagradables ocupaciones. Por esta razón, como las Furias eran, según su mitología, las que atormentaban á los malos después de muertos, y los agitaban aun en vida con terrores, sueños y visiones espantosas, en vez de darles un nombre que indicase este funesto ministerio, las llaman *Euménides*, esto es, las *benévolas*, así como daban al barquero del infierno, siendo tan feroz como nos le pintan los poetas, el nombre de *Caron* ó *Caronte*, que quiere decir *gracioso*. Por el mismo principio al Mar Negro, en el cual eran tan frecuentes los naufragios, y cuyas orillas estaban habitadas por naciones bárbaras que degollaban á los extranjeros, si por acaso, ó ignorando la suerte que les aguardaba, aportaban á ellas, le llamaron el *Ponto Euxino*, como si dijéramos, *Mar hospitalario*, de buena acogida. Es muy importante tener presente esta superstición de los antiguos, al traducir los autores griegos y latinos, porque si no podemos hacerles decir cosas que, si en nuestra lengua no serían un disparate, por lo menos quedarían obscuras para casi todos los lectores. (Monlau: Obra citada.)

(3) De la palabra griega *carientismos*, broma.

hecho por Cromwell: « Señor, repuso Valher, los poetas siempre nos lucimos más en el campo de las ficciones que en el de las verdades.»

Clenasmo (4).—Es una ironía por la cual fingimos echarnos la culpa de lo que directamente corresponde á nuestro adversario, ó bien atribuimos á éste lo que no conviene más que á nosotros mismos ó á nuestro defendido, como en este ejemplo: « Levanta un poco más la voz, hijo mío, tú eres aquí el amo; tú nos mantienes con tu trabajo; tú nos educas á todos; todo te lo debemos á ti; todos debemos respetarte risueños.» Así decía un buen padre al único hijo díscolo que contaba en su familia.

Mimesis (1).—Es una ironía por la cual se parodia el tono, los ademanes y las palabras de una persona, para ponerle en ridículo, como ésta de Cervantes: Después de la aventura de los batanes, Sancho repite irónicamente á su amo las mismas expresiones que había empleado éste al empezar la aventura: « Has de saber, Sancho amigo, que yo nací, por querer del cielo, en esta edad de hierro, para resucitar en ella la dorada ó de oro; yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos.»

Asteísmo (2).—Es una ironía fina con la cual se disfraza la alabanza ó la lisonja, bajo el velo de la censura ó la reprensión, como en este ejemplo: Explicando Santa Teresa las primeras palabras del *Padre nuestro*, después de haber ponderado la gran merced del Salvador en darnos su Padre, le dice: « Mirad que vuestro Padre está en el cielo; vos lo decís, es razón que miréis por su honra. Ya que estáis vos ofrecido á ser deshonorado por nosotros, dejad á vuestro Padre libre, no le

(4) Del nombre griego *clenasmos*, burla.

(1) De la palabra griega *mimesis*, imitación, remedo.

(2) De la palabra griega *asteismos*, urbanidad, elegancia, donaire.

obliguéis á tanto por gente tan ruin como yo, que le he de dar tan mala gracia.»

Sarcasmo (1).—Consiste en un verdadero insulto y recae sobre una persona abatida ó desgraciada, más digna de compasión que de desprecio. Los judíos decían de esta manera al Salvador crucificado (2): « Ah, tú que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres días, sálvate á ti mismo; si eres hijo de Dios, desciende de la cruz... á otro salvó y á sí mismo no puede salvar.»

Las figuras de que acabamos de hablar tienen rarísimo uso en oratoria, y sólo las ponemos aquí para que tengan de ellas noticia los lectores y puedan aprovecharlas cuando convenga.

Cuadro analítico de las figuras de pensamiento.

FORMAS DE LA ELOCUCIÓN	Lógicas.	{ Antítesis, sentencia, exposición, gradación, paradoja y comparación.
	Descriptivas.—Hipotiposis.	{ Cuadro, descripción, retrato, prosopografía, ectopeya, carácter, paralelo, topografía, definición, enumeración y distribución.
	Patéticas.	{ Apóstrofe, exclamación, corrección, hipérbole, prosopopeya, reticencia é interrogación.
	Oblicuas.	{ Alusión, litote, perifrasis, preterición, dialogismo, dubitación é ironía, antifrasis, carientismo, cleuasmo, mimesis, asteísmo y sarcasmo.

(1) De la palabra griega *sarcasmos*, escarnio, burla sangrienta.

(2) San Mateo, 27, 42.

Del buen uso de las figuras.

Las figuras de dicción, los tropos y las figuras de pensamiento se presentan naturalmente á la imaginación del orador, pero el buen gusto exige que se empleen con discreción, pues así como las figuras deleitan y conmueven cuando son oportunas, igualmente disgustan y parecen ridículas cuando carecen de oportunidad. Para el buen uso, pues, de las figuras en el estilo oratorio á pesar de las observaciones que hemos puesto al tratar de ellas en particular, fijaremos con la brevedad posible á mayor abundamiento las siguientes reglas:

1.^a Las figuras para ser bellas es preciso que broten naturalmente del asunto, como también de la imaginación y del sentimiento, cuyo lenguaje forman. Si son producidas por la reflexión y están distribuidas de intento como adorno, producen un efecto deplorable. Así como no es buen poeta el que mida con los dedos las sílabas de un verso, tampoco podrá componer con elegancia el orador que distribuyese simétricamente las figuras para adornar su discurso, pues nada hace los adornos tan despreciables como el designio premeditado de diseminarlos y su colocación medida ordenadamente. No se han de buscar las figuras como el diamantista, que formando un rico florón va tomando de aquí y de allí las piedras preciosas que necesita: han de nacer por sí mismas y brotar sin impedimento alguno. Conviene conocerlas y estudiarlas en los buenos escritores para no extraviarse en su colocación, pero su formación ha de nacer siempre de un alma exaltada y poseída de su objeto.

2.^a Aun en el caso de que el asunto lo consienta, conviene no prodigarlas. Las figuras acumuladas son de malísimo gusto, y en lugar de embellecer el discurso lo convierten en un enigma. No es más bello un campo cuando está cubierto de flores que cuando están esparcidas con cierta gracia. Lo mismo sucede con la colocación que se da á las figuras retóricas: cuando éstas se multiplican demasiado, el estilo resulta hinchado y obscuro. Por eso Quintiliano decía que las figuras son como los ojos del discurso, y sabido es que los ojos no ocupan todo el cuerpo.

3.^a Hay que prepararlas y presentarlas con arte, principalmente las que tienen por objeto producir afecto ó emoción. La aplicación de esta regla nos la ofrece la misma naturaleza; jamás ella presenta repentinamente lo que nos agrada y nos hiera con viveza. Las flores no brotan súbitamente, ni aparecen de repente formadas: su tallo, débil en un principio, se desarrolla por grados. El crepúsculo precede á la aurora y ésta al sol, que se deja ver poco á poco. Todo esto nos dice que es necesario preparar en el discurso el lugar que han de ocupar las figuras que empleamos, y que su entrada sea fácil y natural y no forzada y repentina.

No pueden darse reglas exactas acerca de la correspondencia especial que tengan las figuras con los diversos estilos y fines del orador. Por lo que toca á los diferentes estilos, el sencillo admite menos; el que se llama sublime más, y más que todos el florido, porque en éste, que mira más al agrado, parecen mejor los adornos que no en el sublime, donde á la grandeza de las ideas y sentimientos conviene tal vez una simplicidad noble y es más perjudicial á su intento la afectación. Las figuras han de realzar el estilo de cada obra. Las que lo desentonan y dan un aire importuno de aparato al sencillo, ó de gravedad al florido, ó de festividad al sublime, deben desecharse.

Tampoco es fácil ni seguro determinar las que convienen á los diferentes fines que se propone el orador. Su distribución en tres clases corresponde á los tres fines en que dividen el arte de hablar. Unas, dicen, son propias para instruir, otras para deleitar y otras para mover. Pero si se exceptúan muy pocas consignadas á los movimientos más fuertes del alma, tales como la *propopeya*, todas las demás se emplean indistintamente en estilos y con fines diferentes. Porque la figura, así como da la forma al pensamiento, así recibe de él la intención, el alma y el valor; de modo que se hace jovial con el pensamiento festivo, majestuosa con el grave, fácil y nativa con el sencillo. Esto se ve en la *exclamación*, que sirve para manifestar la admiración y la burla, el pesar y la alegría, el temor y la seguridad. De la enumeración ó distribución se dice que sirven para instruir; de la antítesis y de la armonía, que son propias para agradar, etc., pero pueden usarse muchas de ellas indistintamente.

Advertiremos, para concluir, que no puede haber belleza sólida donde falta la naturalidad. Si el orador domina la materia de que se trata; si está bien penetrado del asunto; si ha juntado un rico caudal de materiales y de pruebas; si ha educado el oído con la asidua lectura de los clásicos; si ha formado su gusto con el análisis juicioso de los buenos modelos; si tiene, en fin, genio y disposición natural, las figuras más propias brotarán espontáneamente de su pluma para instruir, agradar y mover, y será elocuente sin esfuerzo ni artificio que es el mejor género de elocuencia.

LIBRO III

Cualidades de la elocución.

CAPÍTULO PRIMERO

CUALIDADES GENERALES DE LA ELOCUCIÓN

I

Idea de las cualidades generales de la elocución.

Como complemento y remate de esta primera parte, cúmplenos tratar ahora de las cualidades de la elocución.

Dividense éstas en generales y especiales. Las generales son pocas y se distinguen por su carácter permanente; las especiales son infinitas y variables. Así como la especie humana presenta un tipo general y constante, que distingue al hombre de los demás seres, al propio tiempo que una variedad de razas, pueblos, familias é individuos; asimismo las cualidades generales constituyen el tipo fundamental de la buena elocución, mientras que las especiales ó el estilo ofrecen una variedad marcada de géneros y especies.

La noble expresión de los pensamientos y de los afectos, la honestidad y elegancia del lenguaje, el prudente uso de las imágenes, la buena colocación de las figuras,